

MARIAM

Pasó de noche. Creo que la luna posee una especie de poder que unas veces es maravilloso y otras, terrible. De noche nacemos y de noche morimos. Ese día, desde que se fue el sol, todos en casa estábamos muy nerviosos, las palabras salían de nuestras bocas como si no tuviésemos tiempo para pronunciarlas bien. Nos atropellábamos al salir de las habitaciones, tropezábamos al coger los vasos para el agua, y en el último té del día a mi padre se le escurrió el vaso de la tchilila y el color oscuro de ese té amargo se mezcló con el rojo de la alfombra que mi abuela, días antes, había comprado.

Dormíamos cuando llegaron. Primero, voces. Detrás vinieron disparos y golpes de las puertas de los coches que se cerraban con sonidos fuertes y secos. Lo demás ocurrió tan rápidamente que mi memoria se resiste a recordarlo con detalle. Nos vestimos aceleradamente y recogimos los utensilios del té, las mantas, el agua, la sal y todos los alimentos que había en la cocina. En la calle, una furgoneta nos esperaba. En ella había dos mujeres amamantando a sus bebés para que no llorasen, otros niños de mi edad y personas mayores. Mi madre nos subió en volandas. Lo poco que pudimos recoger lo pusieron en el techo, lleno ya con todo lo que habían traído las demás personas, y a todo correr salimos de allí. Los niños preguntábamos qué pasaba y nos contestaban con una palabra: Marruecos.

Esa noche fue la última vez que vi a mi padre. Su camisa azul y su elzam se perdieron en una noche que ya clareaba. Su recuerdo nunca se ha borrado. Lo veo siempre cuando miro los ojos de mis hijos.

Mi madre nos apretaba contra su pecho tranquilizándonos mientras mi abuela se guardaba la llave de nuestra casa al lado del corazón. La furgoneta, llena a rebosar, traqueteaba y solamente oíamos el ruido del motor y, de vez en cuando, ruidos de disparos y explosiones. Recuerdo el sonido del corazón de mi madre. Mis hermanos y yo nos abrazábamos a ella sin despegarnos, sin entender el motivo de ese viaje inesperado.

Después todo pasó rápido y lento a la vez. Cuarenta años de viento, de palabras, de noches en las que no pasaba nada, solo la luna iluminando la arena, o las estrellas recordándonos el camino del regreso. Vinieron años de trabajo duro en las escuelas, en las dairas, en los hospitales...

También recuerdo muchas noches dulces. Noches de té, risas y sueños. En una de ellas surgió el brillo del amor en mis ojos, en los suyos... Mi corazón galopaba cuando se acercaba a la jaima, sus palabras cariñosas me hacían bajar la mirada y alzar el alma. Noches de boda, de música y baile, de ilusión y esperanza en una vida compartida en nuestro país, aquella tierra robada llena de mar. Allí estaban nuestra casa y nuestras cosas. Mi abuela guardaba bien la llave para la vuelta y nos lo recordaba todos los días después de la oración de la noche.

Y precisamente en una noche calurosa de verano llegó ella. Fue un parto muy largo y se retrasó bastante. Al final, sus ojos enormes se abrieron y aquella noche me pareció que las estrellas brillaron de forma especial. No fue la primera, una niña y un niño ya corrían por la jaima y no se cansaban de mirar asombrados a su nueva hermana. Lloraba mucho. Día y noche. Era como si quisiera llorar todo lo que yo no había podido. El peor llanto es el que se lleva por dentro, el que no puede salir aunque lo intentemos. Esa clase de llanto que como mujeres refugiadas y exiliadas tenemos que disfrazar, unas veces por nuestros mayores y otras por nuestros niños. Nuestra generación está repleta de llantos ahogados. Es terrible sentirse siempre fuera de casa, con esa sensación de que todo es provisional. Nuestros hombres siempre están en el frente, ajenos a las sonrisas y los llantos de nuestros hijos. Y también ajenos a los deseos y las inquietudes de sus mujeres.

Así transcurrió la infancia de mi hija Zahra. Llantos, risas, juegos en la arena... Un día, de pronto, me percaté de que su sonrisa a veces no era como la de sus amigas. Fue creciendo, y esas ausencias aumentaron. Los más viejos hablaban de algo en la cabeza. Algo que había que temer y soportar porque era la voluntad de Dios. Las madres nunca aceptamos el mal para nuestros hijos, nos rebelamos siempre buscando un motivo, una razón y un remedio para ese mal.

Un día me preocupó su tardanza, porque no volvía de un recado. Corrí en su busca y estaba allí, tirada durmiendo en la arena. Otro día, una vecina vino a buscarme y me dijo que la recogió en su jaima cuando su amiga la avisó de que algo raro le pasaba. Un miedo que nunca antes había conocido se fue apoderando de mí a medida que esos ataques fueron siendo cada vez más frecuentes. Un miedo más fuerte que el de aquella noche en la que tuvimos que salir de nuestra casa. Más fuerte que el que sentí al oír los disparos y las bombas del ejército marroquí cuando escapábamos de Um Draiga. Al lado de ese miedo, ella, Zahra, mi niña querida, que crecía y se acercaba a la edad en la que los niños salían de los campamentos a disfrutar de las vacaciones en verano. Cada vez que pensaba en los mil y un peligros que podían amenazarla en un país extranjero, otra vez ese miedo terrible aparecía.